Compre usted todas las semanas

LAS OCURRENCIAS

El periódico más interesante y popular.

10 CÉNTIMOS

POSTALES Y GOMAS

REPRESENTO LAS MEJORES CASAS

20 desnudos artísticos, 5 pesetas.

10 amoríos galantes, bajo sobre certificado, 3 pesetas.

Gomas de seda irrompibles. Muestra contra envío de 0,55.

Ignacio M. Galán

SAN FRANCISCO

LEÓN



GRATIS. La Felicidad

por medio del MAGNETISMO Y OCULTISMO la mandaré al que envíe un sello de 0,15 á D. Francisco G. Purtal.

Barcelona - Mataró

ENFERMEDADES DE LA VEJIGA

VESICALINA

Es la **Vesicalina** una preparación magistral, específica en el tratamiento de la cistitis, por sus condiciones antisépticas, anestésicas, emostáticas y diuréticas. La curación es rapidísima y segura en todos aquellos casos en que se trate de infecciones de la vejiga, uréteres y pelvis renal. Evita en absoluto los sondajes frecuentes y regulares, ahorrándose el enfermo incalculables dolores y molestias. Recomendamos á todo enfermo de la vejiga, que antes de hacer uso de otros similares, pruebe con un frasco pequeño de **Vesicalina** y se convencerá de la eficacia del medicamento.

Precios de los frascos: tamaño grande, 10 ptas., ídem pequeño, 5.

Depositarios: Sres. Pérez, Martín y C.ª, Alcalá, 9, y de venta en toda buena farmacia.

Mundo Galante

REVISTA POPULAR DE ARTE

OFICINAS: SAN ANDRÉS, 30—APARTADO 555. MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España	Trimestre	1,50 pesetas.
	Semestre	2,75 »
	Año	5 »
Extranjero, año		8 francos.

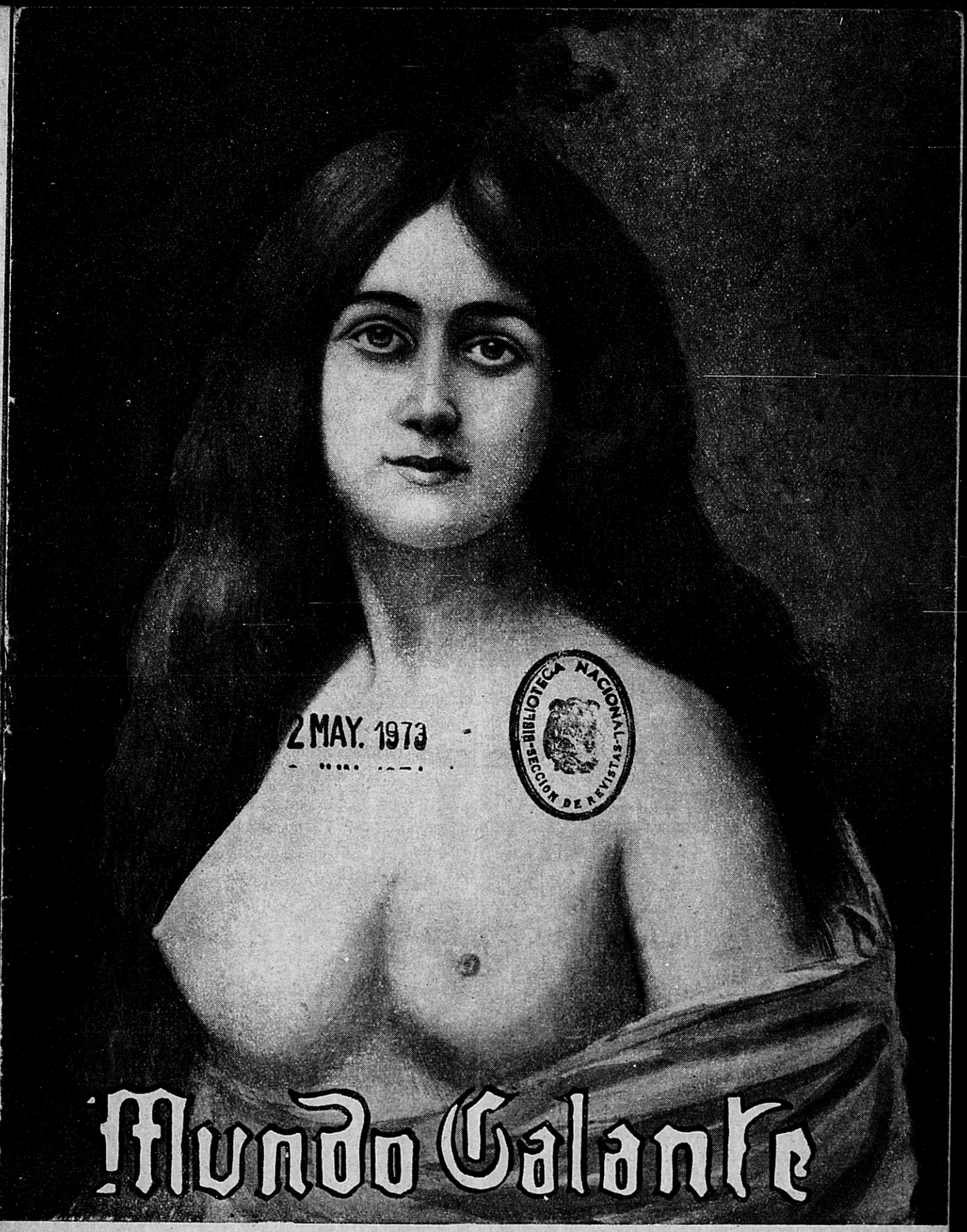
NÚMERO SUELTO: 10 CÉNTIMOS

MISTERIOS Y SECRETOS

del lecho conyugal.—*(Sólo para hombres y casadas.)* Dos tomos, con grabados, **tres pesetas.** Por 3,50 en Letra, Giro ó sellos, se remiten á provincias en paquete certificado.—Extranjero, 5 francos, ó un dollar.

Los pedidos, con su importe, **únicamente á Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, cuarto derecha. Madrid.**—(Exportación, por mayor, de revistas y periódicos á España y Extranjero.)

Establecimiento tipográfico de GACETA ADMINISTRATIVA.—Leganitos, número 54.—MADRID



ESTUDIO.—Cuadro de Angelo Asti. (Cliché H. F.)

N.º 10 REVISTA POPULAR DE ARTE **10 cénts.**



CORREO DEL AMOR

AMARGO (Barcelona).—Haga usted todos los esfuerzos imaginables para que ella ni siquiera vislumbre ese mal tropiezo. Dígale á un médico de confianza su situación; éste puede ir á la casa de usted, imponiendo la prohibición, que así no parecerá extraño.

KYSÉ.—He releído su carta. La sé de memoria. Hablaremos mucho..., mucho. Dígame las señas adonde he de contestarle...

UN ESTUDIANTE (Mieres-Asturias).—Es usted muy joven é inexperto. Por el motivo que indica no debe usted romper jamás las relaciones. Su amor será más verdadero mientras más tiempo conserve ella toda su pureza.

EL GALLO (Mahón).—¿Qué razones le dió para rechazarle? ¿Hay dificultades de familia? ¿Son muy marcadas las diferencias sociales entre los dos? Sin estos datos no puedo responderle.

AG AR (Melilla). – Debe usted comisionar á una persona de toda su confianza, que sea inteligente. Lo mejor sería una mujer que hablase á la madre de ella y le contase todo; las almas de las mujeres son más sensibles y se entienden con facilidad.

RAMSÉS (Madrid).—Sí, eso es amor; hasta ahora verdadero, puro, idealista, soñador... Si dispusiera de espacio copiaría su carta para envidia de esos empedernidos materialistas que sólo ven el placer en la sensualidad... ¿Y después? Yo no sé; hay que buscar el acuerdo de los caracteres y pensar seriamente en el porvenir.

MEDIO FRANCÉS (Sevilla).—Puesto que no ha llegado á nada serio con esa familia, huya de las intimidades con mil pretextos. No gustándole á usted sería un crimen. En esa capital se venden todos los números atrasados. De lo otro no tenemos nada ni queremos.

CONSTANTE (Zaragoza).—¿El secreto para conservar las ilusiones? Crea usted que si alguien lo poseyera el mundo quedaría transformado en veinticuatro horas.

NINA (San Sebastián).—¡Pobre muchacho! ¡Es usted muy cruel!... ¿Mi opinión particular? No he sentido jamás compasión por ningún hombre, pero en el caso de usted hay mucho disculpable para ese joven.

J. M. (Puente Genil).—El amor platónico gusta mucho á las mujeres, con tal de que ese silencio no se eternice.

BILITIS.



Año I. - Número 10.
Madrid, 11 Julio 1912.

Oficinas: San Andrés, 30.
Apartado 555.

NUESTRAS DENUNCIAS

SIGUE LA RACHA

PERDÓNANOS, lector amigo, este desahogo nuestro de pueril vanidad, al decir que somos excelentes profetas.

Recordarás que en el número octavo, cuando te dimos la noticia de nuestras primeras denuncias, te anunciamos la posibilidad—no quisimos decir seguridad—de que serían denunciados los números sucesivos. Y como lo predijimos, ha resultado.

Una novedad hemos notado á partir del número quinto. En los anteriores, se nos señalaban los motivos de falta. Ahora, ni eso. Se denuncia todo, en conjunto, desde el título hasta el pie de imprenta. ¡Magnífico! Así, de este modo, nada puede escaparse.

Lo raro del caso es que en esos números, como en los anteriores, hay producciones de Quevedo, Catalina, Campoamor, Bartrina, Cátulo Mendes, etc., que hace ya muchos años que pasaron á mejor vida sin saber lo que era una denuncia. Y de los vivientes *Fray Candil* y Le Gyp, cuyas obras han dado la vuelta al mundo con el aplauso público ¿qué diremos?

¿Pues y de los artistas de universal renombre, como Boyé, Tanoux, Hael, Mason, Comans, Gili y Roig, Romero de Torres, Jiménez Aranda y los demás cuyos cuadros hemos reproducido?

¿Y de las artistas, famosas todas, cuyos retratos hemos publicado: *La Fornarina*, Hero, *Nenita*, *La Morucha*, Candelaria Medina (segundo premio en nuestro Concurso de Junio), *Bella Estrella*, Antonia Cachavera, Harris y *La Goya?*

Ya lo sabes, lector amigo: ¡Todos denunciados!

A los vivos, aun no es fácil hacérselo saber; pero, ¿y á los muertos? Pediremos al maestro Cávia nos deje utilizar su famoso cable para transmitirles tan estupendo notición.

Una duda nos asalta: Si esto nos acontece con artistas, cuadros y producciones conocidos y sancionados por la crítica y el aplauso público, ¿qué nos sucedería si publicáramos alguna obra original, del corte, por ejemplo, de *La tía fingida*, de Cervantes, escrita allá en tiempos de los Austrias, de la Inquisición y del absolutismo?

CHISMORREO

DOÑA Aurora, la esposa de don Jacobo, tiene un carácter insufrible, inaguantable.

Así me lo dijo hace pocos días el más interesado en el carácter de doña Aurora, que es, naturalmente, su marido. El pobre don Jacobo, antiguo amigo mío y hombre bondadoso en extremo, se decidió por fin á contarme sus cuitas conyugales, después de sacar un enorme pañuelo y llevádoselo á sus ojos tristes cuajados de lágrimas.

—¡Mire usted que ni siquiera poder hablar en voz alta en mi casa!...

—¡Caramba! Sí que es eso un poco duro para un hombre. Pero de ello tiene usted mismo la culpa, indudablemente. Usted debe demostrar siempre lo que es, lo que representa en su casa.

—Pues ahí tiene usted. Se ha empeñado ella en representar lo que me corresponde á mí.

—De todos modos, eso se arregla. Claro,



—¡El infiel me dejó!... ¿Quién lo diría?
¡Porque está enamorado de su tía!
¡Es preciso tener muy mala estrella!
¡Tía por tía... valgo yo más que ella!

---

don Jacobo, que usted no debe achicarse nunca, por nada.

—¿Y qué voy á hacer?

—Ser fuerte, enérgico... Verá usted. Ahora mismo va usted á su casa...

—¡Oh! No, no; lo que es ahora mismo no voy. Precisamente acabo de salir porque... ¡vamos!... Me cuesta trabajo decirlo... pero... es la vedad: me ha echado mi mujer.

—¡Pero don Jacobo!...

—Lo que le digo. ¡Ay! Usted no sabe el genio que tiene Aurora.

—¡Hombre! Aunque fuera una pantera de Java.

—Peor todavía.

—¿Peor?

—Sí, señor; es de Javalquinto, provincia de Jaén. Figúrese que he llegado de la oficina á la hora de siempre, sin entretenerme ni un momento para que no tuviera que regañarme; y como otras veces se enfada porque vengo serio, pues hoy, para agradarla, me puse á cantar. Bueno; pues en seguida va ella y... ¡zas! me tira el cepillo de las botas á la cabeza y me da en la boca, rompiéndome casi un diente. Yo, por si era que me echaba el cepillo para que me limpiase el calzado, le dije sonriendo: ¡Ay, nena! ¡Qué mal tino tienes! *Por poco* me das con el cepillo. Ella, entonces, furiosa, se abalanzó á mí, chillando: «Ahora sí que te alcanzaré. ¡Pillo! ¡Granuja! ¿De modo que porque me ves de mal humor vienes á guasearte con *chansonettes* y bromitas?» Y empezó á arrojarme unas cuantas sillas, y el calendario, y... todo lo que encontraba. Yo protesté, advirtiéndole que aquello no era *chansonette*, ni broma, ni nada... Le rogué que no siguiera tirándome cosas pesadas, porque... iba á molestar el ruido á los vecinos... Todo inútil. Tuve, al fin, que escapar corriendo para evitarme el perecer lleno de chichones. ¿Y dice usted que ahora mismo?... ¡Oh! No, no; lo que es ahora no vuelvo.

—Bueno; pues entonces vuelva usted dentro de media hora ó de una hora.

—¿Y si le dura todavía el berrinche?

—Pues que le dure todo lo que quiera. Usted va allí y, poniendo cara de vinagre, con el ceño en situación, comienza usted á gritar, renegando de todo. Después la reprende usted con severidad por cualquier circunstancia.

—¿Pero cómo la reprendo yo? ¿Cómo regaño yo á mi mujer?

—Si está cosiendo, principia usted por decir: «Cada vez eres más imbécil, Aurora. Eso no se cose.»

—Bueno. ¿Y qué hago yo con lo que me tire á la cabeza?

—Es verdad; no había pensado en ello. Bueno; respecto á ese punto hace usted lo mismo que ha venido haciendo hasta hoy. Pero después se dirige usted á ella y...

—Y me tira otra cosa, créalo.

—Sigue usted haciendo lo que hasta hoy.

—Por prudencia, ¡claro!

—Y luego la coge usted por los brazos, se los ata usted y...

—Sí; y viene mi suegra y me mata.

—¡Ah! ¿Pero tiene usted la suegra en casa?

—Sí, señor.

—Entonces, infeliz amigo, no hay salvación para usted. Continúe usted exactamente igual que hasta ahora, ¡por prudencia! Adiós, don Jacobo. ¡Ah, mire usted! Por esta calle, todo seguido, y yendo después á la derecha por una calle de árboles, se encontrará usted en la estación del ferrocarril. Allí venden billetes para muchos sitios. Y por este otro lado, torciendo á la izquierda, al llegar al final de la calle está el viaducto...

JOSÉ PAREJA.

DEFINICIÓN DEL AMOR

Es el amor un desdén
en todo á sí mismo igual,
do siempre reside el mal
para lisonjas del bien.

Es una traición segura,
con fidelidad traidora,
que á tiempos se alegra y llora
quien la huye y la procura.

Es alba, que en su arrebol,
no hay sombra que la avergüence;
es sol que á la noche vence,
y noche que vence al sol.

Es el imán que, en el fuego,
presta su aquilate al oro,
cuyo escondido tesoro
se manifiesta al más ciego.

Es el vapor del aroma
que de ajena luz procede,
y si vence, quien lo excede
de sí la venganza toma.

Es serena tempestad
y procelosa bonanza,
es nivelada balanza
con fiel de infidelidad.

Es el rumbo de la nave
que al cielo encumbra su extremo,
el breve surco del remo
y el vuelo simple del ave.

Digo que el amor, en suma,
es, aunque nadie lo crea,
cuanto quisiere que sea
cualquier disparada pluma.

JUAN DE JÁUREGUI.

AMÍGA FIEL

Carmen se encuentra en su cuarto entregada á profundas meditaciones, cuando oye unos golpecitos en la puerta.

—¿Quién es?

—Ábre.

—¿A estas horas? Ni pensarlo. Voy á acostarme y me estoy desnudando.

—Yo te ayudaré.

—¡Impertinente! Siga usted su camino y déjeme en paz.

—Te amo.

—Me alegro.

—Me muero por ti.

—Y á mí, ¿qué me importa?

—Soy joven...

—Y tonto.

—Rico...

—Y bestia. Vaya, acabemos. ¿Se va usted ó llamo?

—¡Silencio! Soy el novio de Clementina, de tu amiga.

—¡Haberlo dicho antes!—dijo la joven abriendo la puerta.

EL PLATO DE PERAS

Una duquesa, allá de los Malpicas,
al oficial primero de su archivo
un gran plato mandó de peras ricas,
como pudo mandarle pavo ó chivo.
Al ver obsequio tal, el caballero
siente en su corazón gozo profundo,
por ser peras de encargo lo primero,
por ser peras de balde lo segundo.
Y la pluma cogiendo al punto y hora,
pues no hay razón que á ser ingrato obligue,
la duquesa del cuento, su señora,
leyó en una tarjeta lo que sigue:
«Agapito Fernández de las Heras
no sabe de qué modo agradecerle
el hermoso regalo de las peras
que su excelencia se ha dignado hacerle.»

B. R.



El señor don Simeón,
cuyo pecho es una fragua,
no se aparta, ni en el agua,
de su hija Encarnación.

FELICIDAD SUPREMA

Allá arriba, muy lejos y muy arriba, en el azul purísimo del ancho firmamento, centelleando sobre el fondo luminoso de cien y cien constelaciones, una estrella lloraba amargamente devorada por un pesar oculto.

Un ángel, el más hermoso de los ángeles, formado de un rayo de luz color de rosa, que por allí volaba pausadamente, interrogó á la entristecida estrella.



—Sabe que no me acomoda que vistas tan... descocada...
—¡Pues lo exige así la moda, y aun iré más ajustada!...

—¿Por qué te afliges, lucero radiante? ¿Por qué lloras, amada mía?

—¡Ay!—suspiró la estrella—. Lloro porque cuando por la noche arrojo mi dulce claridad sobre la tierra, he visto allá abajo, en un charco de agua, á una de mis hermanas, á otra estrella más feliz que yo. Tengo envidia, ¡angel mío!, y quisiera estar en su lugar, unir al suyo mi reflejo, lanzar mi alma entera en fúlgidos destellos y temblar estremecida en el agua obscura, cerca de las gentes que por allí circulan.

El ángel se quedó mudo de asombro.

—¡Cómo!—dijo al cabo de un instante—Tú, que contemplas frente á frente los horizontes infinitos y que irradias luz sobre los milagrosos fondos azules de la inmensidad; tú, que eres avanzada del paraíso y que abres sus puertas de ópalo y lapislázuli; tú, misteriosa porción de la prodigiosa bóveda inflamada de nebulosas y mundos increados; tú, que puedes al declinar de la tarde contemplar de cerca las palideces del crepúsculo y al alba admirar los arreboles de oro; tú, á quien los grandes te saludan diciendo: *¡Ave Stella!*; tú, joya celestial, ¿estás celosa de un mísero astro caído en el fango como una flor marchita?

—Sí; estoy celosa, y por eso, porque luzco tan lejos de la tierra, me siento próxima á llorar lágrimas de oro pálido, porque esa que tú consideras como mísera compañera, esa estrella que luce allá abajo en el charco de agua de la ciudad, goza con sus sombríos destellos la absoluta felicidad suprema ¿sabes? ¡la única!

—¿Cuál?

—La de admirar los menudos piececitos y la esbelta pierna de las mujeres que sobre ella cruzan.

C. M.

¡MALDITO DINERO!

—De tus plantas no me muevo
y así tengo que morir;
ya ves que te adoro ciego.
—Miope, querrás decir.
—¿Qué dices de mis acciones
y mis palabras sinceras?
—Digo, que en los *pantalones*
vas á hacerte rodilleras.
—*Siento un frío* que me muero,
si es severo tu mirar.
—Pues colócate el sombrero,
que te vas á constipar.
—A tu lado, siempre amante,
viviría muy feliz.
—¿Sabes que tienes bastante
desarrollo en la nariz?
—Juntitos, todos los años,
á un pueblecillo de pesca
íríamos á tomar baños...
—Muchas gracias, ya estoy fresca.
—¿Quieres amor más sincero?
¿Quieres que me vuelva loco?
—Lo que yo quiero es dinero
y de eso tienes bien poco.

Las lindas páginas que siguen son *encuadernables*, y el lector, si quiere, podrá destacarlas, reuniendo todas las que se irán publicando para formar una colección magnífica.

ASCENSOS

—¡Cómo tarda! ¡Cómo tarda!

Inocente repitió esta frase varias veces en pocos minutos, mirando otras tantas su reloj, pero sin demostrar impaciencia, lo cual es raro, porque esperaba á su esposa, á su bella Sofía, á su adorada mujercita.

Hace un año que están casados. Un año, ¡cómo pasa el tiempo! Me parece que fué ayer cuando la vi en la iglesia con su vestido blanco y el ramito de azahar, que parecía sorprendido de verse en aquel sitio.

Recuerdo que á la salida de la ceremonia las curiosas, que en todas partes las hay, la encontraban un poco descarada... ¡Envidia pura!

Los pobres cónyuges gozaban de una felicidad completa.

Sofía era una alhaja. Linda, graciosa, no podía evitar que los hombres le dirigieran miradas codiciosas. Al principio, Inocente hubiera querido que ella se indignase, pero Sofía, por el contrario, se manifestaba muy satisfecha. Inocente acabó por acostumbrarse, y hasta llegó á calificar de bestias sin gusto á los que no dirigían á su amada costilla ojos de tigre á la vista de la presa.

Sofía tenía un defecto: llegaba siempre tarde á casa; y aun á veces volvía á horas inverosímiles. Por supuesto que ella tenía siempre poderosas razones para ello.

Y hasta pasó una noche fuera de casa. Inocente sufrió angustias y tormentos indefinibles. A eso de las nueve de la mañana entró Sofía muy fatigada, es verdad, pero contenta de haber cumplido con su deber. Había pasado la noche velando á su tía en Carabanchel, que estuvo á punto de morir la pobrecilla; una tía de la cual no había oído hablar siquiera Inocente, pero los parientes de Sofía eran tan numerosos y estaban tan diseminados por los pueblos de los alrededores, que bien se pudo olvidar aquélla. Inocente había notado con satisfacción que cada uno de los retrasos de Sofía (explicaos esto si podéis) era precursor de mejoras en su destino.

Hacía mucho tiempo que estaba en la oficina en un sitio donde constantemente había una corriente de aire. Una noche Sofía volvió á las doce y media, y al día siguiente el jefe, con amabilidad sorprendente, le invitó á cambiar de puesto.

Y siempre, siempre la misma coincidencia; siendo lo más extraño de la cosa, que cuanto mayor es el retraso de Sofía, más importante merced se otorgaba á Inocente.

Por esto, cuarenta y ocho horas después de la grave crisis de la tía de Carabanchel, era ascendido á empleado de primera clase, recibiendo la credencial de manos de su buena mujercita, cuando menos lo esperaba.

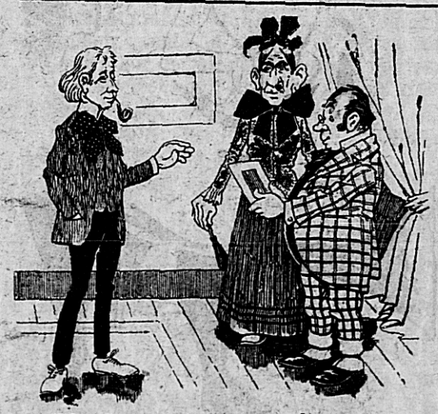
Su jefe, que antes no podía soportarlo, le había tomado un gran afecto, y lo colmaba de atenciones.

La noche de mi cuento, cuando Inocente hubo dicho por centésima vez: «¡cómo tarda!», un fuerte campanillazo vino á distraerle de sus meditaciones.

Un mozo de cuerda traía una carta de Sofía.

Inocente rompió precipitadamente el sobre y leyó:

«Remonono mío: He encontrado á la tía



EN CASA DEL FOTÓGRAFO

—Pero, hombre, este retrato está muy mal. Ésta no es mi mujer.
—Es que la he retratado sin orejas, porque no me cabían en el cuadro.

tan mejorada, que está como si tal enfermedad hubiera pasado. Y lo mejor es que cree que esto es debido á mis cuidados.

Tú no sabes lo contenta que estoy por el cariño que me ha tomado. Ya sabes lo que te dije de lo rica que es, y por eso quiero complacerla en todo.

Esta tarde decidió ir á un pueblo donde tiene propiedades, y me manifestó deseos de que yo la acompañara.

¡Y cómo negarme!

Esta excursión durará sólo cuatro ó cinco días; entretanto no te aburras demasiado y piensa en tu mujercita, que te quiere con toda su alma, *Sofía.*»

La lectura de la carta contrajo un mo-

mento los músculos de su frente, hasta el punto de parecer más alta.

Pero fué un relámpago. Su fisonomía tomó una expresión placentera, y exclamó lleno de júbilo:

—¡Cuatro ó cinco días fuera de casa! De esta hecha asciendo á jefe de negociado.

K.



—Siempre pidiéndome diñero, siempre lo mismo. ¡Parece mentira que seas bailarina!
—¿Y eso, por qué?
—Por lo pesada.

EL DOLOR DE MUELAS

Por un tejado corría,
detrás de una gata negra,
un gato dando maullidos:
y á su madre una chicuela
pregunta: —¿Qué tiene el gato?
Y la madre que lo observa,
le contestó: —Nada, hija;
le están doliendo las muelas.

—

Estaba otro día la madre
con un amigo de gresca,
y tales cosas hacía,
dando de locura muestra,
que la chica que la vió,
con una ansiedad suprema
empezó á gritar: —Mamá,
¿te están doliendo las muelas?

P.

♣ ♣ ♣

DE LA DISCUSIÓN...

Dicen que en Valdemorillo
se juntaron diez muchachas,
é inventaron por recreo
cierta especie de charada,
con la cual, según afirman,
grandemente se solazan;
cada una ha de nombrar
el fruto que más le agrada:
—Yo, el rábano.
—Yo, el pepino.
—Yo estoy por la remolacha.
—Prefiero la berenjena.
—Yo prefiero las castañas.
—Yo, las coles.
—Yo, los nabos.
—Yo, las batatas de Málaga.
—Yo, los frutos de corteza.
—Y yo los frutos de vaina.

JOSEFINA GÓMEZ.

♣ ♣ ♣

Jugando al tresillo ayer
en casa de las de Prida,
y viendo á Inés decidida
un mal juego en defender,
la partida incomodada
le gritó á la jugadora:
—Tiéndase usted ya, señora,
que la tenemos sacada.

♣ ♣ ♣

EL COLUMPIO

—«¡Cuán grato es columpiarse!»—así decia
una hechicera ninfa que, abrazada
al cuello del Amor, en la enramada
de la frondosa selva se mecia.

—«¡Más fuerza!»—ella gritaba, y ya crujia
la resistente cuerda á un olmo atada.
—«¡Así... así.... ya veo realizada
la ilusión que en mis sueños yo fingía!»—

Mas tanto Amor, en fuerza excedióse
que, á un nuevo impulso rápido y violento,
en sus brazos la ninfa desmayóse.

Y pálida la faz, sin voz ni aliento,
del Amor la cabeza doblegóse...
cesando del columpio el movimiento.

M. S. M.

LA PRUEBA

NO SE JUEGA CON EL AMOR

(Extracto de lo publicado en el número anterior... Adriano, contrariado por los desdenes y la coquetería de su novia, sorprende la conversación de ésta con una de sus amigas...)

Ivona acababa de quitarse rápidamente su traje de mañana y su enagüilla blanca, y se encontraba delante de él, á algunos pasos de distancia, cubierta apenas por las transparencias de una batista sumamente fina y flexible.

El enamorado joven sintió que un estremecimiento nervioso sacudía violentamente su cuerpo; estuvo á punto de perder la cabeza (cosa muy excusable en semejante situación), y en vez de manifestar su presencia, ocultóse más aún, suponiendo, con no escaso fundamento, que su orgullosa prometida no le perdonaría nunca si se enteraba de que la había visto *déshabillée*.

Hechas estas consideraciones, Adriano tomó el partido de cerrar los ojos, esfuerzo loable y conveniente que le permitía oir mucho mejor la conversación de las dos jóvenes.

En una palabra, Adriano era un muchacho muy comedido y apenas si de largo en largo entreabría un ojo cuando el objeto de la conversación le tocaba directamente.

—¡Si supieras, querida mía!—decía la marquesa, mientras se quitaba las medias—Adriano me ha encargado de una misión muy grave.

—¿De veras?

—Sí; me ha encargado interrogarte minuciosamente para saber con certeza si le amas lo suficiente para ser su esposa.

—¡Es curioso!

—A mí me parece muy justa su pretensión.

—No lo niego—repuso Ivona sonriendo—; pero te aseguro que te has encargado de una tarea muy difícil.

—¡Ah, picaruela!—dijo la marquesa, golpeando suavemente las espaldas de su amiga, que ya no tenía ninguna ropa que quitarse;—¿vas á hacer para mí un misterio de lo que pasa en tu corazoncito.

—¿Por qué no? ¿He tratado yo de descubrir los sentimientos que experimentas por tu marido?

—¡Bah! Te hubiera respondido sinceramente. Mis padres me obligaron á contraer un matrimonio de conveniencia, y desde hace dos años que soy la esposa del marqués de Musirolles he tenido tan pocas ocasiones de enterarme de ello que, puedes creerme, mi marido me inspira la más completa indiferencia.

—¿Indiferencia nada más?

—Afortunadamente para mí. Figúrate que siempre está de viaje, que me escribe muy de tarde en tarde, que tiene amantes...

—¡Amantes!—exclamó Ivona.— ¿Y tú no estás celosa?

—¿Por qué razón?—dijo la marquesa, que acababa de desnudarse.

—¡Pero eso es horrible! Ahí tienes precisamente por lo que yo me resisto á casarme.

—Tu caso no es el mío, mi querida Ivona; tu Adriano te ama con toda su alma...

Adriano entreabrió un ojo.

—Es guapo—siguió diciendo la seductora marquesa, con tono de voz bastante animada—, joven, ardiente, entusiasta...

Adriano juzgó de su deber adoptar una actitud modesta.

—Para él—añadió Lucía—eres tú una divinidad que deslumbra; no puede verte sin temblar, sin sentirse profundamente emocionado. En tales condiciones, el matrimonio es la aurora de una felicidad perfectamente paradisíaca; así es que no me explico tus vacilaciones, tu indiferencia...

A pesar de su confusión, Adriano no pudo por menos de envolver á la hermosa joven con una mirada llena de agradecimiento; pero encontrándola demasiado bella, se apresuró á cerrar un ojo, reservando el otro para espiar la respuesta de su encantadora prometida.

—Yo no digo que sea indiferente—repuso Ivona.

—En confianza: ¿te gusta?

—Mucho.

—¿Le amas?

—Sí.

Adriano estuvo á punto de arrojarse á

(Continuará.)

Chismes y Cuentos

Después de la boda.

—Pero, ¿qué haces, hija mía, le das á tu esposo la tercera taza de café? Te advierto que es moka puro y se va á desvelar por completo.

—Calla, mamá, que yo sé lo que me hago.

* * *

Marieta escribe á una amiga pidiéndola consejos respecto al conde que la galantea.

Y la amiga contesta:

«Es un hombre guapo, pero demasiado tieso.»

* * *

De compras viene Eloísa
y le dice su mamá:
—Hija, ¡que siempre te engañen
cuando tú vas á comprar!
Es que te dejas y callas,
y tomas cuanto te dan.

* * *

—Papá, mira cómo corren aquellos gatos en el tejado de enfrente.

—Sí, hijo, sí; están jugando.

—¿A qué juegan?

—¿Qué sé yo, hijo, qué sé yo?... A los soldados.

—¡Ay! Mira, aquel es de caballería.

* * *

—¿Conque se casa usted, don Cosme?

—¡Hombre, es tan bonita la muchacha!

—Sí, pero hay que tener en cuenta que ella tiene diecisiete abriles y usted sesenta y ocho inviernos.

—¡Ah! ¿Tú crees que no debo abrigar la esperanza de tener hijos?

—La esperanza no, el temor; lo cual es diferente.

* * *

En casa de doña Justa
ha entrado un hombre á deshora;
si esto hace doña Justa,
¿qué hará doña Pecadora?

* * *

—Mira, monín, ya que dices que me quieres tanto, es preciso que me des cuarenta duros.

—No puede ser. Ayer te di cincuenta y ya estoy cansado.

—Bueno, descansa y luego mandaré por ellos.

* * *

Un peluquero aprendió
algo de frenología,
y á un parroquiano decía
cuando el pelo le rizó:
—¡Qué órgano tan abultado!
Y el cliente respondió:
—Ese bulto me salió
después de haberme casado.

* * *

Daban la enhorabuena á una linda duquesa por el próximo nacimiento del sér que llevaba en su seno, y ella respondió:

—Gracias, gracias; pero no se lo digan ustedes á mi marido, porque quiero sorprenderlo.

SEMEJANZAS

¿En qué se parecen los melones á los matrimonios?

En que pocos salen buenos.

¿En qué se parecen las mujeres á la fortuna?

En lo inconstantes.

¿En qué se parecen las suegras al viento?

En que murmuran.

¿Y á los sastres?

En que cortan.

¿Y á la muerte?

En que nadie se libra de ellas.

¿En qué se parecen las mujeres guapas al sol?

En que todo lo animan.

¿Y á los montes?

En que tienen faldas.

¿En qué se parecen los rostros de las señoras á las paredes?

En que se pintan.

¿Y sus vestidos á los aduladores?

En que se arrastran.

QUISICOSAS

Gran trabajo costó á la familia llevar á casa de su marido á una novia el día de la boda.

Conseguido el resultado casi con violencia, el pobre marido, que creyó de buena fe aquellas gazmoñerías, la dijo:

—No te aflijas, alma mía, que yo te juro no molestarte en lo más mínimo.

—Entonces, ¿para qué he de estar aquí? Mejor será que me vuelva con mi madre.

—

En una estación balnearia:

—Veo que engorda usted de un modo atroz.

—Se equivoca usted, señora. Cada día estoy más flaco.

—¿Pues en qué consiste que cada día le encuentro á usted más pesado?

—

Su *début* dice Pascuala
que hizo en la Scala. ¡Embustera!
¿Por qué dirá que en la Scala
cuando lo hizo... en la escalera?

—

En uno de nuestros primeros coliseos se ensayaba un baile de gran espectáculo.

El director coreográfico, fijándose en las piernas de una de las bailarinas, la dijo:

—¡Muchacha! ¡No puedes salir así!

—¿Por qué?

—¡Porque tus pantorrillas no son iguales!...

—¿Y yo que tengo que ver con eso?... ¡Dígaselo usted á la Empresa, que es la que las suministra!

—

Recomendó á un novio Irene,
diciéndola con cariño:
—Tiene las cosas de un niño.
—Entonces, no me conviene.

NUESTROS CONCURSOS ARTÍSTICOS

ESPLÉNDIDOS REGALOS Á NUESTROS LECTORES

Mensualmente celebraremos un concurso en el que todos los lectores de MUNDO GALANTE tienen derecho á tomar parte. Consistirá en que ellos voten por el cuadro, retrato ó composición fotográfica que más les agrade de los que vayamos publicando en nuestra excelente y original GALERÍA ARTÍSTICA.

En el mes actual destinamos al primero de los tres cuadros, retratos ó composiciones fotográficas que obtengan mayor número de votos, cinco suscripciones gratuitas de MUNDO GALANTE; al segundo, cuatro suscripciones, y al tercero, tres suscripciones, todas ellas por un año, haciéndose el oportuno sorteo entre los respectivos votantes.

A cada uno de los cuadros, retratos ó composiciones fotográficas que en la votación ocupen del cuarto al décimotercio lugar, ambos inclusive, destinamos una serie de 10 preciosas tarjetas postales, espléndidamente iluminadas, de las artistas más bonitas y de mayor nombradía en España. La adjudicación de estas series de postales se hará también previo el correspondiente sorteo.

Es decir, que en nuestro concurso del mes de julio **obtendrán premio 22 lectores** á quienes su suerte y su gusto artístico favorezcan.

A este fin, bastará con llenar el cupón adjunto y enviarlo, en sobre abierto y franqueado con un cuarto de céntimo, al *señor Director de* MUNDO GALANTE, San Andrés, número 30, Madrid, añadiendo en una esquina la palabra «Concurso». Los de Madrid pueden enviarse á la mano.

Admitimos los cupones hasta el domingo 26 de julio, en cuyo día se hará el recuento de votos y el sorteo consiguiente. El resultado se publicará en el número del 1.º de Agosto.

JULIO 1912

Cupón del concurso de MUNDO GALANTE

Voto por (1) .....
titulado .....
inserto en el número ..... *página* .....
Nombre del lector .....
.....
reside en .....
calle de .....
número .....

(1) Expresad cuadro, retrato ó composición fotográfica.